

Pero, a pesar de los vacíos señalados, *Perú en Trance de Novela* es un valiente avance. Tamayo Vargas anuncia ahora un complemento que esperamos con interés de su labor crítica: un estudio de Clorinda Matto de Turner, en quien ven algunos críticos a una atrevida precursora de la novela indigenista peruana que ha revelado escritores tan interesantes como José María Argüedas, Emilio Romero, Luis E. Valcárcel, Enrique López Albújar y Augusto Mateu Cuevas. — RICARDO A. LATCHAM.

CORBÁN, por Aldo Torres Púa, Imp. «Letelier». Santiago, 1940.

En primer lugar nos asalta una curiosidad, respecto al título mismo del libro ¿Qué significa la extraña palabra Corbán? En ninguna parte nos ha sido posible encontrarla. Corbán, para nosotros, no existe. Torres Púa la ha creado no sabemos con qué raíces, aguas o vientos cortantes. Y más aún, cabe preguntarnos, ¿con qué sangre, con qué voces amargas u ojos insistentes? Después de leída esta «rapsodia», así subtitula el poeta lo que corresponde a Corbán, queda ante nosotros la figura rara y misteriosa de un personaje que camina como fantasma por senderos enmarañados y espacios impalpables.

Corbán es un mito, un símbolo surgido de un sueño poético. Corbán se abandera en imágenes sin rostro, y se ensombrece en la angustia. Corbán, hacia donde vaya, será siempre de un espíritu enlutado y maligno. El poeta nos dice en secreto:

«No es raro que le silben serpientes en los ojos.

Mantiene relaciones desconocidas con las cosas.

.....
Le he visto. Sí. Le he visto

arrancarse del pecho una alcancía.

.....
 Sus andanzas son pueblo. Son claro regimiento.

Cómo no abrirle calle, si da continuidad a las estatuas.

.....
 Cómo no asir el cielo en sus miradas

si cae en ellas uno como espacio en su abismo.

.....
 Un árbol le socava las entrañas

y da en esparcimiento sus venas por el aire».

Corbán camina de misterio en misterio. Es difícil apresar sus pasos y sus voces. La noche lo envuelve y se va por otros mundos. El poeta que persigue su sombra y sus hechos insondables, piensa un instante sobre su existencia lejana:

«Corbán... Corbán debe estar triste.

.....
 Seguramente escribe detrás de una ventana.

Oirá silbar los trenes en la noche

conmovido de viajes sin derrota.

La noche pesará sobre su espalda,

hasta arrojarle en negros precipicios.

Se apagará una lámpara en su nombre».

Corbán existe, sostiene su vida apasionante, es un ser invisible que toma formas humanas. Pero siempre permanece lejos. Sólo el poeta con su visión, alcanza a definirlo, y nos lo

bosqueja aureolado de irrealidad. Pero por distantes que estén sus ojos, Corbán nos acompaña al fin, y entra en nuestras vidas. quemándonos con cenizas ardientes, y con espadas que hieren nuestra sensibilidad. Corbán termina por grabarse en nuestra memoria. Su recuerdo da la sensación de un eco nocturno, porque su voz de angustia se adentra en nuestro espíritu derramando espinas de desaliento y desesperanza. Y esto es explicable, porque en este poema el autor ha simbolizado ese cauce melancólico y doloroso que nace de todo corazón trizado por la amargura. Y hay en Corbán, nos dice:

«un dios de miedo, oculto entre columnas».

La segunda parte del libro se compone de algunas Elegías, dedicadas: «A la memoria de Irma Solís Guíñez, mi mujer, y de mis hijas Solveig y Anita Angélica». Hay una «Advertencia» en las primeras páginas del libro: «Corbán—escrito en invierno de 1939—debía ser un poema más vasto y prolongado. Acontecimientos de muerte, que vivifican la segunda parte de este libro pequeño, inesperada y tristemente, cercenaron mi proyecto lírico». La muerte ha golpeado duramente el corazón del poeta y del hombre, de tal manera que es fácil ver y distinguir mayor calidad lírica en sus Elegías que en sus «rapsodias» de Corbán. El tono encendido, la meditación solitaria, el ritmo penetrante de sus poemas elegíacos son de más segura y fuerte densidad emotiva. Musset, nos ha dicho: «nada nos hace más grandes que un gran dolor». Y esto se ve en las Elegías de Aldo Torres Púa. El poeta ha adquirido riqueza verbal, solidez expresiva, fondo humano, sentimentalidad que sólo se logra cuando la muerte clava su bandera como una rosa o como un diamante en el corazón de los seres que amamos. Escuchemos su «Espacio Negro», y veremos cómo se encienden sus lámparas sensitivas:

«Tú, en las ruedas, besabas el sendero.
Alucinado yo, crecer sentía,
dentro del corazón, espacio negro,
El carro funerario me dolía
en la raíz remota de mis huesos.
Cuando en la llana tierra TE extinguías.
giró, a mi alrededor, el mundo inmenso,
y fuí extranjero en el país del día».

Angel Cruchaga ha prologado la obra. El estudio y ubicación que hace sobre Corbán y su autor, son de innegable mérito. He aquí algunas de sus palabras:

«Aldo Torres Púa logra en su poema una elevación trágica, sus versos tienen una grave consistencia, un resplandor que crece en el fondo del hombre, allí donde el Amor quemó su antorcha y puso en los ojos esa lenta miel de la muerte».

Por nuestra parte, encontramos gran independencia en la obra de Aldo Torres Púa. No vemos ningún contacto, ni referencia con lo que escriben nuestros poetas de generación. Su poesía pertenece bien al pasado o bien al porvenir. Estos cantos de Corbán representan a un espíritu bastante definido, rico e imponderable.—FRANCISCO SANTANA.



PÁGINAS DE UN DIARIO, por don *Enrique Molina*. Editorial Nascimento

Alrededor de ciento cincuenta páginas escritas en ágil, ameno y galano estilo forman este interesante relato que, a manera de amable y provechosa charla, nos ofrece don Enrique Molina refiriéndonos las impresiones de su último y reciente viaje a los Estados Unidos de Norte América. Son dos horas de lectura deleitosa y útil, en las que imaginariamente revi-